

LUIS-FELIPE NAVARRO, *La Poesía y Yo*. (Valencia, 4-10-2007)

Quien observe a primera vista los títulos de los dos últimos libros de Luis Felipe Navarro podrá pensar con fundamento que el autor se asienta decididamente en los dominios introspectivos de lo que se denomina *Literatura del Yo*. Incluso podría sostenerse la hipótesis de que su obra ha evolucionado desde una simbología espaciotemporal –*Nubes y días* (1999), *Olas de un mar antiguo* (2001), *Museo abandonado* (2003)– hacia un cierto narcisismo egolátrico. Lo abonan sus libros *De mí*, y éste, titulado *La poesía y yo*, que hoy recibimos.

Sin embargo nada más engañoso. No hay poesía sin Yo... Pero toda tentativa poética se basa en la relación entre dos elementos: el poeta creador, por un lado; y por otro el resto del universo, sin exclusión alguna. El Yo, como tamiz perceptivo, es maleable y cambiante –proteico, diría Don Hermógenes–, y se modifica biográficamente, es decir históricamente, según circunstancias y hechos imprevistos de la vida que afectan al Yo poético tanto como a la colectividad social en que se desarrolla.

Recordada esta simpleza, y tras pedirles perdón por ella, se diría que al releer los libros de Luis Felipe es fácil advertir en ellos un común impulso de evocar y reconstruir el mundo exterior desde la nostalgia espacio-temporal. Bajo tal punto de vista, el aparente egocentrismo de los títulos es irrelevante. El yo en esta poesía no viene dado como objeto de culto, sino como filtro irrepitible que contribuye a la interpretación del mundo “*entre la gente*”, como reza el título de uno de sus poemas. Sus libros condensan, más que la experiencia del presente, la emoción nostálgica de la edad y las cosas perdidas. Es decir, que su poesía, más que a magnificar el Yo, tiende a descifrar su proyección en la exterioridad. A mi entender tal actitud podría ser calificada de realista, sin ánimo de atribuirle ninguna intención ideológica. Y más aún cuando el poeta declara la conciencia de sus imperfecciones:

“*A un deseado dios que no aparece / ofrezco el dibujo de mis imperfecciones...*”

[Silencio]

o

“*Lamento no haber sido capaz/ de escribirte un hermoso soneto/ que pusiera tu belleza en su sitio*” [Poema de amor]

Sintiéndose llamado desde su primera juventud, Luis Felipe Navarro interiorizó su destino poético durante muchos años. No sabemos si fue por escepticismo, ni si tan largo eclipse pudo obedecer a tempranos desencantos biográficos sugeridos, de pasada, en alguno de sus poemas. Lo cierto es que, como bien sabemos los aquí presentes, al filo de la cincuentena, cubierta ya la mitad del camino, recuperó la doble necesidad de la expresión y de la comunicación poética. Por un lado recuperó la pulsión de la escritura; y por otro la necesidad de que sus libros fueran impresos cuidadosamente y presentados periódicamente ante sus amigos cómplices. Volvió al ruedo a la edad en que otros piensan en la retirada o en vivir de la firma. Y lo hizo con una disposición marginal, que todavía lo mantiene en una discretísima distancia de la sociedad literaria. Por todo ello nos encontramos de nuevo en este lugar, y presumo que nos volveremos encontrar más veces, mientras el poeta responda a esa determinación irresistible que le empuja a escribir.

Si, dejando aparte el arriesgado y prometedor título de este libro –*La poesía y yo*–, hablamos con la brevedad debida de su sentido, se diría que nuestro amigo sigue fiel al intento de expresar emociones inmarchitables derivadas del amor, del arte, o de la naturaleza...– asociadas a experiencias lejanas, eludiendo el trato con otros aspectos perturbadores de la actualidad. Porque el Yo lírico de Luis Felipe Navarro necesita distancia, recorrido para seguir defendiendo la memoria ideal de los paraísos perdidos

de su infancia y su juventud, bebiendo en los manantiales de la poesía clásica, sin que ello suponga renuncia a otros impulsos de su conciencia cívica de la que sobreviven inesperadas muestras cuando menos se espera. Léase, por ejemplo, su poema *Sueño de España* donde, por excepción y derrochando ironía, aborda un asunto tan palpitante como el de las rectificaciones ideológicas de la Historia:

“Abríamos el libro y ¡qué grande era España!:/ los héroes tan nobles, las provincias/ hermosas hermanas, los hombres/ esforzado destino de una imperial empresa, / las mujeres hijas, esposas, madres,/ sacrificadas siervas del religioso altar/ [...] Y pasaron los años y resultó que España/ era una mentira piadosa o viciosa/ que había que aclarar urgentemente. [...] Tuvimos que estudiarnos todos del revés todo/ lo que habíamos aprendido...”

Pero aquella nostalgia serena, sin sarcasmo, que antes decía, brota de la emoción de lo cotidiano lejano. A través de los invisibles cristales de estos poemas se manifiesta un mundo simbólico de sencilla retórica que un lector educado en la tradición literaria puede reconocer y compartir con facilidad.

En su trayectoria poética, Felipe ha experimentado las principales perspectivas desde las que se enfrenta a la realidad el poeta contemporáneo, para quien ya no existen distinciones entre objetos poéticos y no poéticos. Para el espíritu contemporáneo todo es poetizable. Sin embargo, la realidad no puede ser asumida poéticamente en su integridad, es inevitable el fragmentarla. De ahí que el poeta para concretar su obra deba seleccionar los motivos más afines a su personalidad.

En el libro que nos ocupa predomina la realidad psicológica que lleva al autor a explorar insistentemente en su propio espíritu. Siempre ha sido sustento de la actividad poética la actividad del hombre interior, con el amor –eterno asunto–, los interrogantes de la existencia, las sensaciones perdidas en las melancólicas galerías de la memoria... En cierto punto, la orfandad vital del poeta adquiere dimensiones universales de inquietud filosófica cuando se declara *“Hijo perplejo, heredero / del sueño de una vida...”* [Sin padre] y se acoge a la poesía como refugio de la memoria y de las decepciones: *“Por eso, melancólico / vuelvo sobre mis pasos / y escribo en esta página/ el eco de tus ojos. [De pronto]*

Conforme se va hojeando este libro aparece la práctica del leitmotiv, en fino y variado muestrario de una desolación contenida: calles inventadas, perfumes y descansos sabatinos; la imagen cívica de puertas abiertas y casas vacías en clave existencial; la agonía vespertina de la ventanas... Pero quizás el más sugestivo sea el leitmotiv de las identidades –o mejor, quizás, alteridades– metamórficas del poeta, que se siente transmutado y elevado a las más altas esferas sensoriales bajo el estímulo de la música de jazz –como le ocurría a Fray Luis con la música de Salinas, dicho sea con el debido respeto. El sujeto lírico en varios poemas de Luis Felipe escapa de sí mismo, se extralimita, para fundirse en ideales artísticos sostenidos y sublimados por la admiración musical:

Así dice *“Mientras escucho emocionado la intensa majestad de Trane, /su pleno vuelo encima de las nubes,/ en mi delirio de acuciante belleza”/me imagino **cual Garland sensitivo**,/ enhebrando”* sus dedos a las teclas... [Todavía Coltrane I]

“Me transformo en McCoy,/ en McCoy Tyner, y mi piano/ es ahora pausado aunque veloz,/ y mis manos ligeras acompañan tus alas/ que vuelan en círculo/ cuatro veces sobre mi propio vuelo...” [Todavía Coltrane II]

*“El calor reduce lo real/ a puro sueño, y escucho/ al otro yo que soy/
convertirse en Tommy Flanagan...” [Todavía Coltrane III]*

De John Lee dice “...siendo yo un jovencito/ –hace ya tanto tiempo–/ escucho una de sus magnéticas canciones,/ y pregunto a mi madre qué es el blues,/ y me cuenta mi madre que es un canto triste/ de negros, y yo me siento negro desde entonces.” [Negros]

La admiración contemplativa del objeto bello también cobra presencia en este libro, en el poema titulado *El mar*, dedicado a la grabadora Cáliz Pallarés, en la línea de esos brindis a las artes del espacio –a modo pequeñas odas a pintores y escultores– que tanto ha cultivado Felipe en sus libros anteriores: planchas, gubias, buriles, tacos de madera, papeles vigorosos tórculos, tinta de estampa... son los artefactos instrumentales sobre los que gravitan, vivificándolos estéticamente, los colores simbólicos de la naturaleza cultivada –“racimos / que casi ya son vino”– y la inmensidad azul del mar y el cielo fundidos en el horizonte.

La presencia del mundo natural irrumpe abiertamente en la segunda parte del libro, que constituye su núcleo lírico más homogéneo. Me refiero a los “Poemas del Matarraña”, especie de dietario itinerante por zonas fronterizas de la Tierra Alta donde “Cataluña se fuga entre las nubes/ y aparece el Aragón más verde” [I]. Espacios inmensos, escenarios petrificados, pero también “jardines del tiempo” que remiten a la plenitud paradisíaca de lo primigenio:

“Aluviones pretéritos,/ sedimentos de tiempo,/ equilibrio de piedra, belleza suspendida.// No hay suelo bajo mis pies; /piso pasado.” [II]

En esta serie de once poemas, potenciados por la fuerza ancestral de los topónimos – Calaceite, Cretas, Beceite, la Font del Pas, Valderrobres, Fresneda...– vuelven las transmutaciones del Yo que se esfuma en el paisaje y se evapora “bajo hermandades blancas de nubes/ metafísicas...”, antes de sentirse impelido a desear su identificación con la belleza petrificada para así asegurarse la eternidad, convertido en “un simple centímetro de esta eterna belleza” [III].

Insisto en que Yo, naturaleza y artefactos o productos culturales, en la poesía de Luis Felipe se presentan en viva convulsión que no significa transmutación de valores, sino metamorfosis impulsiva, identificativa, deseo de ser otra cosa distinta sin dejar de ser quien se es: en pocas palabras, deseo de asumir lo mejor de la exterioridad. Por ello decía al principio que la presencia del Yo en el título del libro carecía de dimensiones egolátricas.

A estas alturas, al celebrar la publicación de este su quinto libro de versos, quizás comencemos a echar de menos alguna poética de Luis Felipe, quien hasta ahora no ha prodigado explicaciones de su obra. Sus ideas poéticas están diseminadas en sus versos y en ellos hay que rastrearlas. A primera vista, puede decirse, sin necesidad de recurrir a citas machadianas, que para Luis Felipe la poesía es un fenómeno temporal, anclado en espacios muy concretos. Lugares mayores o menores: desde la huerta valenciana, las alturas de Mora o del Matarraña, o los límites imprecisos por sublimados, de una librería, del estudio de un pintor amigo o de un jazz-café: arte y cultura. Recomendando particularmente la lectura del poema titulado *Biblioteca*, donde biografía, historia, espacio íntimo y objetos se confunden en inquietantes incertidumbres existenciales:

“Revuelvo entre las baldas llenas/ de libros, de objetos y recuerdos./ Pues soy yo el que las ha cubierto,/ debo encontrar aquí mi caja negra,/ o sin duda hallaré el rastro cierto// que me lleve al mismo centro/ de mi enigma, a la región remota/ donde leer mi

*historia. // Pero la tarde estrella su brillante/ agonía en la ventana, y yo sigo/
recordando y no encuentro/ más que un silencio ingrato/ tras las ruinosas dudas.”*

Sin embargo, es en el poema que da título al libro –*La Poesía y Yo*– donde, a modo de inventario, desvela vagamente como fuentes de su quehacer poético no sólo los motores del sentimiento infantil, el recuerdo del primer amigo o el color indefinible de unos ojos femeninos, sino también “*el ruido insoportable de las fábricas sordas/ y los pardos grupos de obreros/ que regresaban silenciosos,/ nocturnos, a sus barrios grisáceos/ cuando volvías del colegio...*” Aunque no insistiré ahora en estas cuestiones parece bastante claro que el YO de Luis Felipe Navarro no se desentiende de estas menudas apariencias que también marcaron su sensibilidad incipiente. Me limito a señalar estos indicios de una conciencia dividida, abierta, a la doble experiencia íntima y social, fiel a los impulsos primarios, hoy fatalmente larvados, de quienes asomaron a la vida pública alrededor de 1968. El poeta tiene claro que la armonización entre lo lírico y lo narrativo es su tarea más inmediata, y que este boceto autobiográfico y metapoético de *La poesía y yo* es la primera prueba de otro poema más extenso y ambicioso en el que ya está trabajando.

Queda por decir que este libro es un libro mixto, cuya 3ª Parte en prosa recoge las memorias del confeso jazzista que es Luis Felipe. En ella evoca con amenidad sus andanzas musicales por la Valencia de los años 1970 descubriendo la música de jazz convertida, a su vez, en llave para descubrir la diversidad del mundo. Por estas páginas finales del libro desfilan, junto a nombres universales, algunos conocidos “jazzheridos” valencianos como los hermanos Gonzálbez, Silvino, Carlos y, sobre todo, Nacho, Donato Marot, José F. Serrano, Antonio Vergara, Toni Moll, entre otros, cuyos nombres se desdibujan en los brumosos recuerdos del memorialista. Una prosa, en suma, con la garantía de su carácter testimonial de primerísimo mano, que me guardaré mucho de valorar, pero que a buen seguro podrá activar zonas oscuras de la memoria de muchos de los presentes.

Viene siendo ya costumbre de Luis Felipe Navarro el hacerse acompañar en sus aventuras editoriales de amigos dibujantes o pintores para ilustrar sus libros. Así como anteriormente hicieran Horacio Silva o Gabi Alonso, el libro de hoy se beneficia del espléndido trabajo de Anna Sanchis Martínez, artista en sazón, que ha alcanzado la madurez creando un original lenguaje plástico fruto de una exigente evolución. Bien conocida por la incorporación de motivos arquitectónicos a su pintura, Anna ha sabido simbolizar con procedimientos muy imaginativos la negativa incidencia de los excesos urbanísticos sobre el campo mediante la representación extrañada de paisajes desnudos en cuadros con volumen, que invitan a la reflexión irónica y al rechazo de los efectos más indeseables de lo que algunos tienen por progreso.

Con la paciencia benedictina y el perfeccionismo que la caracteriza, Anna ha recreado en seis admirables dibujos algunos de los motivos plásticos más representativos de su mundo icónico que si bien son fieles al texto poético y enriquecen su sentido, a la vez emergen con toda su propia brillantez. Las ilustraciones de alta calidad que ha concebido para este libro de Luis Felipe Navarro son como una antología de su trayectoria artística. En ellas aparecen paisajes con arquitectura, muchedumbres nocturnas, ciudades de ensueño inscritas en figuras humanas que las vivifican... Una delicia y un dechado de arte, oficio y buen gusto.

Tipográficamente el libro ha quedado impecable y ello hay que anotar en el haber de los impresores –Mariví Borredá y Juan Senent, La Imprenta Comunicación Gráfica– que, por añadidura, son los promotores de un insólito mecenazgo empresarial, estimulante por su generosidad y grado de implicación en estas frágiles manifestaciones plásticas y literarias.

Enhorabuena a todos. **Cecilio Alonso.**